General Octavio Posada.

APUNTES BIOGRAFICOS

DEL GENERAL

OCTAVIO ROSADO

ESCRITOS POR

ALFONSO E. LOPEZ.

MERIDA.
IMPRENTA DE JOSÉ GAMBOA GUZMAN.
Plaza de la Independencia, núm. 3.
1882.

DOS PALABRAS.

PERIODISTAS de la Capital de la República, justos apreciadores de los méritos y servicios que á la causa nacional ha sabido prestar el General Rosado en las épocas de prueba para los buenos hijos de México, me sugirieron la idea de publicar el retrato y biografía de tan ameritado ciudadano en uno de los diarios más importantes de aquella ciudad. Al efecto, mi compañero en la prensa, mi estimado y buen amigo el General D. Pedro J. García, me brindó bondadosamente las columnas del *Correo de las Doce*, diario que por su amenidad y su programa conciliador, ha afianzado en poco tiempo una popularidad envidiable.

Dí, pues, á la estampa en el importante periódico que he citado, el retrato y algunos ligerísimos apuntes biográficos del General D. Octavio Rosado. No contento con esto, porque las cortas dimensiones de un diario son insuficientes para contener la relación de la vida de un hombre que se ha distinguido por su valor y biza-

rría en diversas epopeyas de nuestras luchas, ya en la de la Reforma contra el Retroceso, como en la de nuestra segunda Independencia, pensé en la publicación de este librito, la que hoy emprendo ayudado por amigos personales del Sr. Rosado, que no teniendo una directa y especial intervención en los círculos políticos de Yucatán, pueden, sin que sus intenciones sean mal interpretadas, rendir ese homenaje de gratitud al patriota y leal paisano que derramara su sangre en defensa de las libertades públicas y de la independencia nacional.

Por mi parte, dedico las desaliñadas páginas de este libro al partido liberal que nos enseñara con heroismo cómo se debe defender la Patria, y cómo en sus altares y por sus justos intereses deben hacerse todos cuantos sacrificios sean necesarios.

Las lecciones del patriotismo se aprovechan con el ejemplo puesto á la vista de los pueblos en las narraciones de los gloriosos hechos de nuestros guerreros. Así nace el estímulo y se hace justicia, obligando á las generaciones á conservar en el santuario de sus recuerdos los nombres de los heroicos campeones que han luchado por la regeneración del país y el aseguramiento de los beneficios que trae el sistema político aceptado por la Nación, por su expreso y unánime consentimiento.

No voy en estas líneas á empuñar el incensario para perfumar las antesalas del Palacio de Gobierno; sólo voy á ocurrir á las doradas páginas de la historia patria, en donde figura el nombre de Rosado, y la severa é intachable Clio hace justicia al denuedo con que el demócrata General se portara en las jornadas donde concurriera con su contingente de valor y de firmeza. Nada pondré de mi cosecha; mi pluma, en esta vez, fiel reproductora, se contentará con las apreciaciones y juicios

de la historia, asentados por quienes no podrán ser tachados de parcialidad.

Sólo, sí, debo manifestar que estos apuntes biográficos no podrán resistir, como trabajo literario, ningún juicio crítico, ante cuya rectitud el autor se considera condenado.

Ellos han sido escritos sin detenimiento, pues importaba que el trabajo quedase terminado antes de que el Gobernador de Yucatán volviese á ocupar su elevado encargo, y que tuviese noticias de él después de concluido, ya cuando su modestia no pudiese de ninguna manera impedir esta publicación.

Mérida, 2 de Octubre de 1882.

Alfonso E. López.

GENERAL OCTAVIO ROSADO.

I.

YUCATAN agradecido y la República reconocida y admirada, colman áun de bendiciones á los esforzados paladines de la civilización que sostuvieron con heroismo esa guerra gigante que inició el indio rebelde, ahora guarecido en los desiertos de Chan-Santa-Cruz.

México, presa de discordias intestinas, vivia con el motin y el desorden. Yucatán, llevado de aquella fiebre loca de pronunciamientos diarios, no estudiaba su situación y no se podia cuidar de un peligro serio que amenazaba su existencia como pueblo civilizado.

Sucediánse los Gobiernos, y el respeto á la autoridad caia en un profundo desprestigio, que más tarde vino á ser el precursor de males sin cuento para este extenso y rico girón del suelo patrio. La lucha fratricida era terrible. La venganza, con las más inicuas represalias, dominaba en los partidos contendientes. Yucatán se desgarraba como se desgarraba México.

De pronto se escucha el ahullido del salvaje que enarbolando

la bandera del exterminio contra la raza blanca, quiere imponerse en Yucatán, incendiando poblaciones, acuchillando á sus moradores y devastando los campos: queria imperar, pero imperar sobre un amplio cementerio donde reposasen los restos de la raza blanca establecida en la Peninsula.

A aquel grito se sucedieron las depredaciones mismas: el bárbaro, como una avalancha terrible, incapaz de ser contenida, se lanzó sobre inermes pueblos, amenazando con furia satánica á las ciudades donde habia algunos elementos de guerra que oponer á sus desesperados empujes.

Entonces, Yucatán probó que si en ilustración y talentos pueden distinguirse sus hijos, también los tiene capaces de mostrar un valor indomable y un patriotismo á toda prueba.

Surgió de todas las clases sociales una pléyade de campeones, dispuesta á disputar palmo á palmo el territorio de sus padres á las chusmas de salvajes, que sin ley ni orden, llevaban sólo una bandera con el lema de *matanza*.

Los antiguos jefes dirigian con denuedo á los nuevos guerreros: cubriéndose unos y otros de gloria; de esa gloria que se conquista en los campos de batalla cuando se combate en defensa del derecho, y, en esta vez, la causa de Yucatán para los defensores de la raza blanca, no podia ser más noble y justa; por eso es que esa lucha de la barbarie contra la civilización, llamó á las filas del honor ultrajado, á todos los yucatecos que opusieron sus pechos de antemural á la furia satánica del salvaje. Los ayes lastimeros de la mujer esclava y de la virgen ofendida, y los tristes lamentos del niño sacrificado, empujaron á la campaña á cuantos se hallaban en disposición de tomar las armas.

Entre los defensores del suelo yucateco, entre los que con mayor bizarria supieron conservar para la patria este rico Estado, designa la historia al Coronel D. José Eulogio Rosado, padre del ameritado GENERAL cuyos apuntes biográficos vamos á trazar.

II.

Nació D. Octavio Rosado en el puerto de Sisal, el dia 3 de Mayo de 1842.

El General recibió de su padre un nombre glorioso ya, un nombre bendecido más tarde por toda la Península yucateca.

Hay coincidencias al parecer sin significación, pero que en algunas ocasiones pueden presentar circunstancias dignas de ser notadas.

El General Rosado vió la luz primera en el mes de Mayo, mes que trae á la memoria un aniversario de grandes remembranzas para la antigua metrópoli, para la noble España; aniversario glorioso no solo para aquel pueblo, debemos agregar que glorioso para todos los liberales de corazón, que viendo en la jornada del 2 de Mayo de 1808 en Madrid, una espléndida epopeya escrita con sangre de libertadores de un pueblo, hayan consagrado en el altar de sus principios un recuerdo para aquellos batalladores del derecho. Esa luz y esa gloria que para la España trae la simple enunciación del 2 de Mayo, será siempre oscuridad y lágrimas para la Francia de los Napoleones que, cincuenta años más tarde, trajo sus legiones para dominar á la reina del Anáhuac y hacer que la República grabase sobre un patíbulo el *Iuri* de los reyes en México.

Mayo es también para México un mes de gratísimos recuerdos. No ya cuando la guerra civil ha teñido de escarlata nuestros extensos campos, sino áun en guerra extranjera, se ha sostenido en México, y en ese mes, el honor de la patria, y nuestras armas han sido coronadas con el laurel de la victoria.

Rosado, pues, nació en un mes cuyas auroras saludaron á los triunfantes héroes de la libertad que, cosmopolita, agita á todos los pueblos, cuando ha sonado la hora de la emancipación y de la reivindicación de los derechos usurpados.

Parece que el destino marcaba ya con tan singulares coincidencias, esas páginas brillantísimas de la historia nacional que vamos á reproducir, en lo que se refieran al General Octavio Rosado.

III.

Rosado vino á Mérida á recibir la instrucción primaria: concluida ésta y aprovechado el alumno en las materias que cursaba, se pensó en enviarlo al Colegio Militar de México, pues revelaba desde sus primeros años una decidida afección á la carrera de las armas.

Su padre, el Coronel D. José Eulogio, había muerto en Octubre de 1853, pero el Gobierno local y los amigos personales de aquel pundonoroso y valiente jefe, se empeñaron hasta conseguir mandar á México al joven Rosado.

En 7 de Febrero de 1854, fué recibido en el Colegio Militar en calidad de alumno.

La aplicación de Rosado, su buen comportamiento y más que todo, las disposiciones relevantes que tenía para la milicia, pronto le ganaron las simpatías de sus jefes y directores.

En 2 de Agosto de 1854, á los cinco meses y días de haber entrado al Colegio, y á los doce años y meses de edad, fué ascendido á cabo de alumnos, distinción considerada muy honrosa en aquel establecimiento.

Tres años permaneció Rosado en el Colegio Militar, anhelando salir al Ejército á prestar sus servicios, y en todas las materias de estudio en sus cursos respectivos, salió aprovechado, con calificaciones superiores en los exámenes sustentados.

Por fin, el 22 de Mayo de 1857 salió del Colegio Militar, entrando á servir en el primer batallón de línea con el empleo de Subteniente de artillería.

IV.

Conocida la historia de los sucesos que agitaron á la República durante los años de 1857 y 1858 y en los que se vió envuelto el Ejército Nacional, nada nuevo tendríamos que añadir si nos detuviésemos en referirlos, y baste sólo decir que ROSADO siguió entonces la suerte de sus jefes.

Presentóse luégo el Gobierno Constitucional empuñando la bandera de la Reforma, abandonada inesperadamente por uno de sus sostenedores.

Los liberales todos se agruparon bajo aquella santa enseña, áun aquellos que por circunstancias especiales habian sido arrastrados al camino torcido por el golpe de Estado. El Gobierno los recibió sin temores ni desconfianzas, echando un velo sobre el pasado, de cuyos hechos no podrían ser los inmediatos responsables.

Reconocido que fué que la opinión pública rechazaba á la reacción, aquella parte del Ejército que tuvo manera de hacerlo, acudió á las filas del Gobierno Constitucional.

Desde principios de 59, ROSADO figuraba en las fuerzas de Guanajuato como Capitán de artillería; en ese empleo concurrió al glorioso desastre que sufrieron las fuerzas constitucionalistas en Estancia de las Vacas, el 13 de Noviembre de 1859. Allí se peleó con el denuedo de la desesperación, según confiesa Miramón victorioso en el parte respectivo. Entre aquellos valientes figuraba ROSADO, prestando una ayuda eficaz para la salvación de tropas y algunos pertrechos de guerra en la honrosa retirada de las fuerzas constitucionales, después de aquel descalabro.

V.

El patriota D. Santos Degollado, primero que nadie, deploró el desastre de Estancia de las Vacas, y con franqueza y ver-

dad, explicó al Gobierno y á la Nación, las causas que motivaron aquel revés que sólo probó una vez más lo veleidoso de la fortuna en los azares de la guerra y el valor indomable é inquebrantable firmeza de los defensores de la Constitución de 57.

Rica es en episodios de gloria, la guerra de tres años; pero lo más digno de eterna remembranza, es el entusiasmo de los caudillos constitucionales que hoy perdían una batalla y mañana recuperando sus fuerzas y demás elementos, volvían á provocar al arrogante enemigo ensoberbecido por un triunfo efímero, porque la causa de los pueblos jamás puede ser vencida, aunque en los campos de batalla tremolen victoriosos por un momento los pendones de sus enemigos. La sangre que allí se derrama, fecundiza en el campo de la justicia, y la revolución intelectual, produciendo esa chispa eléctrica del entusiasmo, envia nuevos batalladores.

Degollado, con voz profética, volvió á llamar á los soldados del Ejército constitucional, diciéndoles que «si se les echaba en cara la desgracia, obligaran á la victoria á responder por ellos.»

VI.

Cinco meses transcurrieron para que las fuerzas defensoras de la Reforma, volviesen á encontrarse en batalla formal frente á las del enemigo, sostenedoras del retroceso. Durante ellos, se tuvieron incontables encuentros, unas veces afortunados, otras desgraciados para las armas del Gobierno Constitucional. Las marchas forzadas y violentisimas que se mencionan en las órdenes y partes de aquella época, revelan la abnegación del soldado mexicano, para el que no hay distancias ni caminos intransitables, cuando así lo piden las estrategias de la guerra.

El 23 de Abril de 1860, se unieron en Pinos (Estado de Zacatecas,) las fuerzas de Morelia y Guanajuato, á la división del

Sr. General D. José López Uraga: con las de Guanajuato, iba D. Octavio Rosado en su mismo empleo de Capitán de artillería.

El 24, todas aquellas fuerzas al mando del General Uraga, presentaron batalla á los reaccionarios que en crecido número y acaudillados por siete generales, se dirigían sobre Pinos. Los constitucionales les salieron al encuentro, trabándose la batalla en Loma Alta. Los reaccionarios tenían diez y ocho piezas de artillería, mientras los reformistas sólo contaban con seis. «El General Uraga, en el momento del combate, encargó del mando de la batería á los Capitanes de artillería D. Octavio Rosado y D. Julián Gómez Llata, á cuya serenidad y conocimientos prácticos, en aquella arma, se debió en gran parte la desmoralización del enemigo diezmado por la metralla que vomitaban sin cesar los cañones del Ejército constitucional.»

En aquella jornada, el Capitán Rosado sólo contaba diez y ocho años de edad, y era de admirar, dice un jefe caracterizado combatiente también en Loma Alta, el entusiasmo con que el joven artillero manejaba en persona nuestras piezas, haciendo tiros certeros.

Las armas del Gobierno constitucional alcanzaron un triunfo espléndido, y así lo manifestó el General Uraga al General en jefe del Ejército federal, en un parte circunstanciado donde recomienda el denuedo de sus subalternos, y al hablar de los Capitanes Llata y Rosado, á quienes encomendó el mando de la batería que obró sobre los reaccionarios, dice que la «*sirvieron con valor y precisión.*»

VII.

El 24 de Mayo de 1860, precisamente un mes después de la victoria en Loma Alta, los constitucionalistas al mando del General Uraga, atacaron la plaza de Guadalajara, defendida por el jefe reaccionario D. Adrián Wold.

Rosado ocupaba su puesto en las fuerzas que mandaba el Coronel Antillón, y se componían de los cuerpos, ligero de Guanajuato, libres de Morelia y tercero de caballería, y seis piezas de á ocho.

La plaza de S. José de Analco era ocupada por la columna de Antillón.

Frustrado el ataque, las fuerzas constitucionalistas tuvieron que retirarse, y este movimiento fué protejido por la columna donde se encontraba Rosado, la que bizarramente cumplió con su cometido.

Aquel ataque desgraciado, porque no dió el resultado que se esperaba, no entibió en nada la fe y patriotismo de los liberales defensores de la Reforma.

VIII.

El 10 de Agosto de 1860, la victoria coronó otra vez los nobles y patrióticos esfuerzos de los constitucionalistas.

González Ortega, General en jefe de su división y de las fuerzas acaudilladas por Antillón, Pueblita y Carvajal, supo en ese dia arrollar al enemigo, que en número considerable y bajo las órdenes de D. Miguel Miramón y otros generales reaccionarios, le presentaron batalla en las inmediaciones de Silao.

D. Octavio Rosado ocupaba su puesto en aquella jornada espléndida, siempre sirviendo en las fuerzas constitucionalistas de Guanajuato, y se portó con la bizarria de sus valientes compañeros de armas.

La victoria y el desastre servian para animar á los denodados reformistas á seguir en la lucha empeñada, y no pedian reposo, sino enemigo que combatir, pareciéndoles pocos los laureles conquistados, para adornar con ellos el ara santa de la patria.

IX.

El 21 de Setiembre de 1860 llegaban frente á Guadalajara las fuerzas del Gobierno Constitucional. La plaza estaba ocupada por los reaccionarios al mando de D. Severo del Castillo.

Tocóles en suerte á las fuerzas de Guanajuato asistir á aquel célebre sitio que se prolongó hasta el 2 de Noviembre que se ocupó la plaza por capitulación de Castillo; duró, pues, como cuarenta dias.

En la serie de combates que trabaron sitiados y sitiadores, se dieron muestras de un valor á toda prueba.

Rosado se hallaba naturalmente entre los suyos.

Joven, patriota, entusiasta por las ideas de Reforma, y militar pundonoroso y leal, cuidaba con entrañable afecto la bandera constitucional, y abnegado y consecuente, seguia sin vacilar á las tropas de Guanajuato, su Estado adoptivo; gloriándose de contarse entre los subalternos de Doblado, esa gloria de la patria, que más tarde salvó á México de ver hollado su suelo por los soldados de la convención tripartita.

Un veterano de la Reforma, que ya en el gabinete como en la tribuna parlamentaria y áun en los campos de batalla, con su palabra fecunda, ha sabido siempre despertar grande entusiasmo por los principios liberales, en animadas conversaciones ha referido el bizarro comportamiento que tuvo en el sitio de Guadalajara de 60, el entonces joven artillero D. Octavio Rosado. (*) Los justos encomios á la pericia y sangre fría de que dió muestras Rosado en aquella época, están también consignados en su brillante hoja de servicios.

El sitio de Guadalajara en 1860, fué una lucha continuada y sangrienta en que los sitiadores amenazados con ser cogidos entre

(*) D. Guillermo Prieto.

dos fuegos, demostraron á la República en su conducta firme y ajena de toda clase de vacilaciones, que todo lo sacrificaban por su adhesión á los principios de Reforma y al Gobierno Constitucional, sostenedor de esos salvadores principios.

X.

Con la ocupación de Guadalajara, era natural juzgar que la reacción estaba perdida; pero aún faltaba que los cañones del Ejército constitucionalista dijesen su última palabra, para que el Gobierno legítimo anunciase á la Nación el completo triunfo de los defensores de la Reforma.

Después de la acción de Tepatitlán, en que salió derrotado D. Leonardo Márquez, y de otros hechos de armas de más ó menos significación, reconcentradas varias fuerzas, al mando del vencedor en Guadalajara, General D. Jesús González Ortega, se dirigieron hacia la capital de la República.

Rosado, en seguimiento de su bandera y de sus queridos soldados de Guanajuato, marchó también entre los constitucionalistas acaudillados por González Ortega.

El destino marcaba un brillante epilogo á esa cruenta guerra de Reforma, que durante tres años empapó en sangre el territorio de la República.

Ese epilogo tuvo lugar en las lomas de S. Miguel de Calpulalpam, el 22 de Diciembre de 1860.

XI.

Reunidas las fuerzas reaccionarias en el punto citado, pensaron sus jefes Miramón, Márquez, Cobos y demás, impedir á

los sostenedores del Gobierno constitucional su paso á la capital de la República; pero su temeraria oposición al imperio del orden legal, fué allí castigada por los constitucionalistas que obtuvieron una espléndida victoria, dispersando por completo al enemigo, quitándole bastante equipo y armamento, y entre éste, treinta piezas de artillería.

ROSADO, en esa brillante jornada, corroboró el buen concepto que merecía á sus jefes y que le había valido recomendaciones honrosas y especiales respecto de su valor y pericia militar.

Después de la función de armas en Calpulalpam, la reacción quedó completamente abatida; y se ha considerado esa batalla epílogo de la sangrienta guerra de Reforma, porque los enemigos de ésta, abandonaron desde el 22 de Diciembre de 1860 todo carácter político, empeñándose en una guerra sin cuartel, destruyendo cuanto encontraban á su paso; y esto lo hacían como único recurso para eludir el castigo que para ellos exigía la vindicta pública.

XII.

Retiradas las fuerzas de Guanajuato al Estado que las formara, á fin de que prestaran en su territorio los servicios consiguientes á obtener una pacificación absoluta, volvió con ellas á Guanajuato á principios de 1861 el ya entonces Teniente Coronel OCTAVIO ROSADO.

La patria había premiado los afanes y méritos del patriota militar que tanto se esforzara por el triunfo de la Reforma, siguiendo su bandera con abnegación y firmeza.

El Teniente Coronel ROSADO, que al ostentar modestamente las insignias de su alta guaduación, daba á conocer también que su edad estaba circunscrita entre los dieziocho á diezinueve años,

fué, sin embargo, distinguido por el General D. Manuel Doblado con difíciles comisiones del servicio militar, logrando que el resultado de éstas, siempre favorable á la causa de la Reforma, le captase por entero una confianza ilimitada de parte de su jefe. En el Estado de Guanajuato se hacía entonces la campaña de la Sierra de Xichú contra el jefe reaccionario D. Tomás Mejía, y en distintos puntos se batían gavillas formadas de los dispersos de la reacción, que teniendo acusaciones criminales, temían á la Justicia ante cuyos Tribunales serían llamados á depurar su conducta respecto de los delitos comunes que se les imputaba. En esa situación irregular, permaneció Guanajuato algún tiempo, y durante éste, Rosado siguió manejándose de la misma manera que en la guerra anterior: esto es, con valor y probidad.

XIII.

La Nación levantó el guante que la vieja Europa le arrojara por medio de una trípode alianza, y el Estado de Guanajuato envió dinero, armas y soldados al Gobierno constitucional que también los recibió de los demás Estados de la República, para rechazar la invasión extranjera que amenazaba á nuestro suelo.

El 2º de Guanajuato fué convertido en 20 de línea del Ejército de Oriente, y Rosado marchó con sus queridos soldados á escribir con heroismó las brillantes páginas que á la defensa de Puebla en 1863, dedica la historia patria.

XIV.

Llegamos ya á una epopeya honrosa para México, cuyas generaciones siempre la recordarán con agradecimiento.

En los anales de esa epopeya existe el nombre de OCTAVIO ROSADO escrito con los indelebles caracteres de la gloria.

La defensa de Puebla, ese combate continuo y sangriento que comenzó el 16 de Marzo y terminó el 7 de Mayo de 63, honra sobremanera á las armas nacionales, las que no cedieron al empuje de los bizarros batallones franceses que habían hecho ya tremolar victoriosa su bandera en Sebastopol, Solferino y Magenta.

La ocupación de Puebla se debió á la fatalidad la que, si logró por el hambre y la falta de municiones hacer que nuestros atrincheramientos dejasen de vomitar metralla al campo enemigo, no consiguió abatir el espíritu nacional en el soldado mexicano que siguió disputando, palmo á palmo, el territorio patrio.

La bandera francesa no tremoló victoriosa en los palacios de Puebla, porque ese estandarte, como dice un escritor contemporáneo, «sólo flamea sobre los muros que han asaltado sus legiones.»

Los hombres del 5 de Mayo no podían olvidar que su caudillo el invicto Zaragoza, les había enseñado la manera de defender á su patria, salvando el honor de su bandera.

Muchas *infidelidades* tuvo la victoria para las armas francesas en el memorable sitio de Puebla, á pesar de que su disciplina, orden y valor hacía apellidar á los batallones de Francia, los primeros soldados del mundo; pero en la expedición de México les faltaba justicia para hostilizar á un pueblo libre y patriota, dispuesto á perecer antes que permitir la intervención del extranjero á título de protectorado.

XV.

El 20 de Marzo de 63, dice la historia, comenzó el bombardeo sobre Puebla.

Al Oeste de la ciudad, frente al cerro de San Juan que ocu-

paban los franceses en número de diez mil hombres, estaban en el fuerte de San Javier dos mil defensores, y entre ellos el 20 de linea, 2º Lijero de Guanajuato, en cuyo Batallón se hallaba el Teniente Coronel OCTAVIO ROSADO.

El 22, la primera paralela de los franceses, rompió sus fuegos sobre San Javier.

Dos horas se sostuvo el fuego, correspondido eficazmente por el Fuerte, en cuyos muros hizo estragos la artilleria francesa.

Más de cien cadáveres dejaron en el campo de los libres las veinticuatro piezas de á doce y las dos baterias que jugaron sobre él durante esas dos horas terribles.

Los defensores del Fuerte se portaron con sangre fria y pericia en medio del reñidisimo combate.

XVI.

El 23 en la noche, saltan los franceses la segunda paralela frente al Fuerte y se adelantan valientemente al baluarte.

«Los defensores de San Javier abren sus fuegos, arman la bayoneta y esperan serenos y resueltos el ataque.» (*)

Sánchez Ochoa, el Jefe de ingenieros, grita á sus subalternos:

¡¡¡FUEGO Á LAS MINAS!!!

«Entonces sobre el glacis del baluarte se eleva una llama roja como las primeras exhalaciones de un volcán, óyese una fuerte detonación que llena de espanto á las columnas próximas á los fosos del parapeto.»

«La vivida luz de aquel relámpago gigante alumbra el es-

(*) Juan A. Mateos, en *El Sol de Mayo*, de cuya obra tomaremos todos los párrafos que se vean entre comillas, pues la relación que hace sobre la defensa de Puebla, está de acuerdo con los partes oficiales.

pantoso cuadro de desolación: la muerte salia del abismo y la tierra abria sus vórtices para devorar á aquellos valientes que desafiaban al destino, arrebatados por el entusiasmo de sus gloriosas tradiciones. Los fuegos de fusilería son incesantes, y el campo todo se ilumina con las vividas luces de los disparos.»

«En medio de aquella claridad de muerte y de agonía, se ve retroceder á los asaltantes, rechazados, en fuga y diezmados por la metralla, buscando asilo en los caminos cubiertos y tras los gaviones de la paralela.»

«Los clarines tocan *alto el fuego*, y los sitiados levantan un clamoreo de victoria que se deshizo en un himno de alabanzas al Dios de los Ejércitos.»

Quedaba, pues, frustrado el primer asalto al fuerte de San Javier.

XVII.

El 24 amaneció la artillería francesa, en número de doce cañones, establecida en la segunda paralela.

El camino cubierto otra vez, llegaba á ochocientos metros del fuerte de San Javier.

Al anunciarse la aurora de la mañana, cincuenta cañones rompieron sus fuegos sobre la Fortaleza defendida por nuestros compatriotas de una manera tan heroica.

Nuestros baluartes se estremecieron al golpe de la metralla francesa; pero nuestras baterías no dejaban de hacer un fuego mortífero y constante, y los infantes esperaban á la bayoneta que se iniciara de nuevo el asalto.

Los clarines del enemigo tocaron *alto*, y el terrible fuego de brecha se suspendió después de tres horas de sostenerse sin interrupción en uno y otro campo.

Vióse entonces que nuestros baluartes en San Javier esta-

ban casi destruidos, y la tercera parte de nuestra artillería se había inutilizado por completo.

«Los cadáveres se recogían de aquella arena ensangrentada; OCTAVIO ROSADO levantaba personalmente á sus queridos soldados de Guanajuato, tendidos, sin aliento, al pié de su estandarte.»

A las once de la noche, el clarín de los zuavos comenzó á marcar el paso de ataque.

La artillería del Fuerte y las descargas de fusilería de la reserva que había conducido el General Negrete á San Javier, contienen el ímpetu del enemigo que, no pudiendo resistir á aquellos espantosos fuegos, retrocede á su campo en fuga y dispersión, dejando el precio de su arrojo.

El segundo asalto estaba frustrado!

XVIII.

«El 25 de Marzo, la tercera paralela estaba establecida, y la línea de fuego á *quinientos metros* del Fuerte, y de ella se prolongaba, siempre amenazante, el camino cubierto, parecía que la cabeza de zapa venía buscando el *glacis* hasta la *contra-escarpa* de los fosos.»

A las seis de la mañana, rompió sus fuegos la artillería francesa sobre San Javier, cuyos muros contestaron valientemente con su escasa artillería, y el plomo de los rifleros de Nuevo León.

«Después de una hora de combate, las brechas comienzan á practicarse, y en los baluartes y cortinas que dan su frente á las paralelas, algunas piezas se ven ya desmontadas, los pelotones todos de artillería están muertos al pié de sus cañones; distínguense entre aquellos cadáveres, multitud de jefes y oficiales, la sangre corría á torrentes por las esplanadas; pero nuevos artilleros han sustituido á los que acaban de morir, el valiente Platón Sánchez

se bate con un heroismo indecible, y á su lado y entre el polvo, con el rostro ennegrecido por la pólvora, se distingue el bravo ingeniero Sánchez Ochoa, que con sus oficiales lucha en vano por tapar la brecha que abre implacable la artillería enemiga; cada gavión que colocan, es despedazado al instante, dejando tan sólo el rastro de la sangre y los cuerpos horriblemente mutilados de los zapadores.»

«Las infanterías del 2º de Guanajuato á las órdenes de OCTAVIO ROSADO, el 6º á las órdenes de Montesinos y algunas compañías de Morelia, ayudan en medio del fuego á los artilleros é ingenieros.»

A las nueve de la mañana cesó el fuego de brecha, y entonces San Javier presentó un cuadro horrible, sombrío, que sólo los tintes de la desesperación bosquejarían con alguna verdad.

«La muerte y el exterminio dejan sus sangrientas huellas por todas partes, restos humanos están aquí y allí diseminados por el efecto de las bombas y el terrible proyectil rayado. Algunos soldados agonizantes se arrastran cerca de los fragmentos de los mástiles y cureñas despedazadas, las piezas todas de sitio, yacen esparcidas en aquella arena, y sus bocas aún exhalan el humo de sus recientes descargas.»

A la una, la ambulancia recoge los heridos, y los muertos son separados de aquellos escombros.

Frente á los asaltantes se repara en lo posible los estragos de los baluartes, y se artilla la línea de defensa con piezas de batalla. Platón Sánchez y tres artilleros de reserva, toman su puesto cerca de los cañones: los demás artilleros habían sacrificado ya su vida en defensa de la patria.

Vuelve el fuego de brecha sobre aquellos escombros ligeramente reparados, y á las dos horas la mayor parte de las piezas del Fuerte han sido desmontadas.

Una sóla pieza queda y «al dispararse crugen sus ruedas so-

bre los cuerpos inertes de aquellos hombres que poco antes la habian hecho jugar sobre el campo francés.»

Los ingenieros echan sacos de tierra sobre el recinto para defender el último cañón del reducto.

«Una bomba cae sobre aquel grupo, rueda humeante ardiendo su espoleta hasta detenerse entre las ruedas de aquella última pieza, y..... hace su terrible explosión..... vuela el mástil y las cureñas, el cañón se desploma, y todo queda envuelto en una densa nube de humo y de polvo.»

«Al disiparse aquella sombra, se dejó ver el cuadro magnifico de la heroicidad humana.»

«Ingenieros y zapadores estaban arrojados sobre los cadáveres de sus compañeros, palpitantes aún las abiertas heridas por donde á borbotones salia la sangre humeante.»

Un ruido espantoso denunció de repente que la Penitenciaria se desmoronaba, y entonces «un soldado de Guanajuato saltó de los escombros con el arma hecha pedazos, y gritó con voz terrible:»

—«*¡ Cabo cuarto! no tengo puesto, el enemigo me ha desalojado.*»

XIX.

Sobre los derruidos reductos de San Javier, aparece otra nueva batería de batalla desafiando al destino para resistir á lo imposible de sostener el fuego contra ochenta cañones del invasor.

Los héroes, defensores del Fuerte, cobran nuevos brios, y sus granadas que caen en la linea francesa, dan la muerte al Comandante general de artilleria y á otros jefes de alta graduación en el ejército francés.

Desmontadas nuestras seis piezas, se confunden en los escombros, el fuego incesante sigue arrasando al Fuerte; pero en el interior de la Penitenciaria nuestros valientes compatriotas esperan á la bayoneta á los audaces asaltantes.

«Más de mil cadáveres llenan las esplanadas; la jornada se habia prolongado sangrienta y terrible.»

«El Fuerte está arrasado; pero el enemigo lanza sus fuegos sobre el primer muro de la Penitenciaría, le inquietan aquellas paredes, sospecha que tras ellas encontrará la muerte, y su artillería las rompe y las desgrana.»

«La reedificación era imposible en aquellos momentos; sobre los escombros debia librarse una batalla.»

«Las infantarías de Guanajuato penetran en la plaza, Negrete llega con las reservas.»

«Los fuegos de toda la línea francesa convergen sobre la Penitenciaria para apagar los fuegos de los infantes, que salen sin cesar de entre aquellas ruinas.»

Los zuavos toman la vanguardia para el asalto, seguidos por los cazadores de Vincennes y tropas de línea, protejidos por su formidable artillería.

«Los zuavos llegan á los fosos, descienden á las contraescarpas; las bombas que se hallan bajo el césped, hacen explosión, y los atrevidos soldados de la Francia vuelan en pedazos y la vanguardia de la columna desaparece.»

Los cuerpos de Guanajuato con sus jefes á la cabeza y seguidos de los demás defensores del Fuerte, se lanzan fuera de parapetos tras la columna francesa que retrocede acribillada.

Al volver á San Javier aquellos denodados defensores de la patria, después de arrojar al enemigo, dejan un reguero de cadáveres.

«Así terminó aquella sangrienta jornada, página de oro en los anales del sitio.»

XX.

El 27, en el interior de la Penitenciaria, se hacian las obras necesarias para la defensa, y se arreglaban multitud de minas ocultas.

Se había dispuesto que los tenientes coroneles Smith, Rosado, Sánchez Ochoa y Montesinos resistiesen el empuje del enemigo, y aquellos valientes jefes se prometían cumplir heróicamente con la orden y así también lo revelaban los denodados batallones de Guanajuato, Puebla y Morelia, que impacientes esperaban el asalto de los franceses para vengar á sus hermanos muertos tan gloriosamente.

El 20, la artillería francesa siguió implacable vomitando mortíferos proyectiles sobre el Fuerte y la ciudad.

A la una y minutos de la tarde del día 29, los ochenta cañones franceses rompieron sus fuegos por la centésima vez sobre el derruído Fuerte.

«La vista que presentan los muros de la Penitenciaría, es verdaderamente aterradora: una cascada de escombros, un torrente de piedras, ladrillos y tierra se desprende desde lo alto de las almenas, donde no obstante aquellos efectos de tan terrible estrago, se puede percibir el constante fuego de rifle que dirigen los valientes de Nuevo León.»

A las tres y media de la tarde cesó el fuego.

Los defensores del Fuerte creen llegado el momento del asalto.

Octavio Rosado, Sánchez Ochoa, Montesinos y Smith, se dan un estrecho abrazo, citándose para los puntos de mayor peligro, y cada uno de aquellos valientes jefes vuela á su puesto.

Como diez mil combatientes del campo francés, se precipitan á la plaza de San Javier, tan valerosamente defendida por nuestras armas.

El clarín marca el paso de ataque, y los franceses penetran lentamente en los patios de la Penitenciaría: en el momento oportuno se pone fuego á las minas.

La explosión es terrible y «por el aire se ven elevarse y des-

cender rápidamente pedazos informes de cadáveres y armas despedazadas.»

Los cuerpos defensores del Fuerte se lanzan á la pelea con patriótica furia, y la sangre vuelve á correr sobre aquellos escombros.

«En el patio de la derecha de la Penitenciaría, se traba un combate con el 2º de Guanajuato á las órdenes de ROSADO, que se sostiene con indecible heroismo.»

Seis mil franceses quieren cerrar la entrada de la Penitenciaría; Ghilardí y Negrete se los impiden bizarramente con sus heroicos soldados.

El asalto cobra mayor vigor reforzadas las columnas francesas.

«Oyese la voz de Smith, Ochoa, Montesinos y ROSADO, que no cesan de animar á sus soldados; suena el clarín, y la sangre torna á manchar los escombros del edificio.»

«La sangre corre por los caños del patio, las baldosas están cubiertas de cadáveres, ¡fatal combate!.... terrible lucha!.... espantosa desolación!»

El 2º de Guanajuato, casi ya no existe; sin embargo, su jefe, OCTAVIO ROSADO, se bate con desesperación y sin ceder al enemigo un sólo palmo de terreno.

Los franceses son dueños ya de la mayor parte del Fuerte, y «ROSADO cae prisionero con la mayor parte de sus oficiales y soldados; pero salvando el honor de la bandera.»

La lucha continuó registrando episodios gigantescos que ha recogido la patria con santo respeto para guardarlos en el santuario de las glorias nacionales.

«Perdiendo palmo á palmo el terreno, dejando un reguero de cadáveres y cubriendo con sus cuerpos el estandarte de la patria, salieron de la Penitenciaria en número de quinientos los restos ametrallados de los defensores, y se refugiaron tras de la próxima linea que comenzaba á disparar sobre el enemigo.»

Diversas intentonas hicieron los franceses durante ese dia para sorprender la segunda linea de nuestro campo; pero fueron batidos, y á las doce de la noche perdieron la esperanza de sorprender á aquellos valientes defensores de Méxieo.

«Asi concluyó la jornada más sangrienta que se registra en los anales del sitio de 1863.»

«Siete mil hombres de ambos ejércitos habian sucumbido.»

XXI.

«Al siguiente dia, 30 de Marzo, en el parte dado por el general en jefe al ministro de la guerra, comunicaba la gloriosa defensa de la Penitenciaria y la pérdida, después de una resistencia heroica.»

«En la orden general del dia, el cuartel-maestre citaba los nombres de los jefes y batallones que habian concurrido á la defensa, y anunciaba al Ejército de Oriente y á la Nación entera, que los cuatro jóvenes valientes, héroes de esta sublime epopeya, eran premiados por la República con las bandas de coroneles.»

«Sánchez Ochoa, Smith, Rosado y Montesinos, han dejado sus nombres sobre aquellas paredes ennegrecidas por el fuego, y desde entonces son saludados en los dias espléndidos de los recuerdos patrios.»

XXII.

El Coronel Rosado fué tratado con hidalguía por el invasor, justo tributo al valiente mexicano que supo salvar el honor de su bandera, demostrando en el combate una serenidad nada común.

El prisionero de guerra de los franceses, pensó desde el momento que se vió sin libertad, en la manera de volver al campo de la patria, de cuya suerte se ocupaba en dolorosas reflexiones.

El recuerdo de sus compañeros de armas, surgió en su men-

te, pensando que tal vez la muerte los había arrebatado de las filas de la patria.

Recordó también su hogar, recientemente formado, y en el que le esperaba su esposa á quien había tenido qué dejar, apenas unido á ella con los vínculos del matrimonio, para acudir presuroso á la defensa del suelo patrio.

Agobiado con el peso de tantas y tan amargas reflexiones, pasó Rosado los cuarenta y siete dias que se defendió Puebla después de la toma de San Javier.

La terrible noticia de la ocupación de la ciudad, acabó por desesperar al Coronel Rosado, impedido por la severa vigilancia de su prisión, para volver al campo de los defensores de la patria.

XXIII.

Después de la ocupación de Puebla, debida «*no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones,*» los prisioneros de guerra fueron conducidos á Orizaba, de donde se fugaron varios, y entre ellos el Coronel Rosado.

Rocha, Smith, Rosado y otros jefes distinguidos, se dirigieron á San Luis Potosí, donde permanecía el Gobierno nacional.

De aquella población volvió Rosado al Estado de Guanajuato, con el fin de tomar parte en la campaña que se trataba de abrir en el Bajío contra los invasores franceses.

XXIV.

Una enfermedad del pecho, contraida en la campaña, obligó al Coronel Rosado á permanecer en una hacienda inmediata á León, en cuya ciudad residía su esposa.

No olvidando, sin embargo, sus deberes para con la patria,

subyugada por la traición y el yugo extranjero, y siempre de acuerdo con sus compañeros de armas y los liberales dispuestos á trabajar por la independencia de México, combinaba un movimiento que diese el mejor resultado posible para la causa nacional.

Tratábase, entonces, de sentar el imperio del archiduque Maximiliano bajo ciertas apariencias de popularidad y prestigio, que hiciesen perder la desconfianza tenida por el despotismo á nuestro espíritu nacional, nunca abatido; y al efecto, por cuantos medios se pudo, fueron llamados los jefes liberales que, divorciados de aquel Gobierno espúrio, significaban en su actitud una absoluta inconformidad con el nuevo orden de cosas.

Rosado fué llamado á las filas del imperio, y conteniendo apenas los impulsos de su corazón noble y patriota, pronunció un NO, seco y terrible, como que era la protesta del heroico prisionero en San Javier, á quien sus humillados vencedores pedian para una infamia el concurso de su espada conservada siempre sin la menor mancilla.

El General Uraga también lo exhortó por medio del ejemplo y de ofrecimientos, á reconocer á Maximiliano como Emperador de México; pero Rosado, patriota por convicción, siguió firme en sus propósitos.

XXV.

A seis leguas al Oeste de la ciudad de León, en el Estado de Guanajuato, hay una hermosísima floresta que, como los Oasis del desierto del Sahara, se presenta á los ojos del viajero, sin embargo de que en aquella parte de la República la tierra es fértil y siempre está adornada con los dones de una naturaleza pródiga y exhuberante.

Entre las espesas ramas de los árboles que copudos y fron-

dosos ocupan aquel poético sitio, aparecen las blancas casitas de los moradores que salen al encuentro del viajero, á ofrecerle vistosas flores, apetitosas frutas, y con lenguaje culto, á invitarlo á gozar con los paisajes dibujados en el interior de sus huertas y jardines.

Aquel pueblo se llama Purísima del Rincón, y aún recuerda con legítimo orgullo, que algunos de sus hijos, acaudillados por el Coronel ROSADO en Setiembre de 1865, se agruparon bajo la bandera de la patria, jurando que trabajarían por independerla del gobierno francés y por derrocar el imperio de Maximiliano.

XXVI.

ROSADO se había resuelto á no aguardar ya algunos recursos que se le habían ofrecido, y acompañado de varios de sus amigos personales, afectos también á la causa de la libertad, volvió á empuñar su espada, decidido á sacrificar la vida en defensa de su patria, pues temeraria era su empresa en aquellos momentos, porque no existian en el departamento de León guerrillas pronunciadas contra el imperio, que pudieran resistir á la tenaz y encarnizada persecución que tanto los franceses como los traidores, hacian á los buenos mexicanos enemigos de la invasión.

Sin embargo, el llamamiento que hizo á sus compatriotas en nombre del honor nacional, é invocando los manes de los patricios iniciadores de la primera Independencia de México, no fué estéril; y no acabó el mismo mes de Setiembre sin que el Coronel ROSADO organizase la campaña de aquella parte del Bajío, de una manera satisfactoria para tan noble causa.

XXVII.

Desde luégo envió el Coronel Rosado agentes para citar á una conferencia en las inmediaciones de Jalpa, á los jefes de diversas partidas de pronunciados que, so pretexto de ser contrarios al imperio, no dejaban de cometer excesos en las fincas de campo y áun en algunos pueblos de poca importancia que lograban sorprender.

Los hacendados mismos se sorprendieron del arrojo de aquel valiente y pundonoroso jefe, cuando les ofreciera hacer de aquellas partidas, una fuerza bien disciplinada que, guardando buen orden y moralidad, peleara con denuedo contra los enemigos de la patria y garantizara á los propietarios la seguridad tan necesaria en aquellos momentos para sus haciendas.

Rosado no desmayó, y á pesar de las reflecciones que le hacian sobre el peligro que podia correr, asistiendo á la conferencia citada con los jefes de las referidas guerrillas, concurrió el dia fijado que fué á últimos de Setiembre, esto es, del mismo mes en que tomó de nuevo las armas.

Los jefes de las guerrillas escucharon de los francos labios de Rosado la verdad desnuda. Les pintó la situación; lo dificil de la empresa que se proponia acometer, y no vaciló hasta afearles la conducta que hasta esa fecha habian observado, invitándoles á secundar su movimiento, sujetos á sus órdenes y resueltos á observar la moralidad y disciplina que más tarde harian de ellos soldados aguerridos, verdaderos defensores de la patria.

Aquellos hombres, avezados al peligro y á no respetar jefes, ni órdenes de nadie, permanecieron silenciosos ante la actitud resuelta de Rosado que, con voz patriótica, supo despertar en

ellos esos sentimientos generosos que algunas veces, por falta de un conveniente desarrollo, permanecen en el fondo del corazón.

La conferencia terminó con vivas á la patria y al Coronel Rosado, quien logró, por medio de la persuación, sujetar á sus órdenes á aquellas guerrillas que se componían como de ciento diez hombres.

Con verdadero júbilo participó á los partidarios de la libertad aquella conquista, que por lo pronto lo hacía disponer de una pequeña columna que algunos perjuicios podría ocasionar á los enemigos de México.

XXVIII.

Desde ese momento, el Comandante militar francés de León organizó contra la fuerza de Rosado una persecución terrible; él personalmente salió á batir al jefe republicano con franceses, disponiendo que las acordadas y fuerzas de traidores lo rodeasen, y sin descanso consiguieran su derrota y rendición.

Rosado sostuvo algunos lijeros encuentros; algunas veces dividía su pequeña fuerza para evitar un descalabro, porque la superioridad del enemigo no solo consistía en número y disciplina, sino áun en armamento y equipo, pues era irregular y pobre el de los soldados improvisados; otras, tomando una actitud hostil, hacía que sus perseguidores se replegasen á algún pueblo en espera de auxilios y refuerzos.

Los hacendados, contentos con la conducta de la fuerza de Rosado, lo recibían en sus fincas, y había de entre ellos quienes le proporcionasen algunos elèmentos y le participasen oportunas noticias sobre el movimiento de los franceses.

Su familia, por otra parte, residente en León, le daba cuenta de los acontecimientos públicos, y no le escaseaba noticias

de que se valia para animar más y más á sus subalternos, y no faltó ocasión en que, debido á esas noticias, se salvasen él y su fuerza.

Para hablar personalmente con los simpatizadores de la causa nacional, el Coronel Rosado entraba á las poblaciones ocupadas por el enemigo, con bastante peligro, pues al ser reconocido, indudablemente que una corte marcial se habría encargado de juzgarlo, y en aquella época la muerte era una forzosa consecuencia de tales juicios.

En Enero de 66 entró á León acompañado de Rosalío Echeverría, y al salirse á media noche, fué detenido en un cuartel de franceses, escapando únicamente por la sangre fría con que contestó al oficial de guardia, las diversas preguntas que le dirigió. No obstante, ya en un suburbio de la ciudad, una ronda quiso detener á Rosado y á su compañero, quienes tuvieron que hacer uso de sus armas para salir del paso.

XXIX.

Las fuerzas rupublicanas eran en aquella época consideradas como bandas de malhechores, y precisamente aquellos jefes, que mayores garantias prestaban á la sociedad, eran los perseguidos con mayor encarnizamiento.

El célebre Teniente Coronel Cottal, siguiendo las torpes inspiraciones de Bazaine, recomendaba la matanza á sus subalternos en el Departamento de León, no sólo para cuando combatiesen á los defensores de México, sino áun para cuando encontrasen pacíficos desafectos al Imperio.

Ese jefe francés fué el de la célebre responsabilidad *pecuniaria* y *personal*, exigida en sus dominios á los prefectos y alcaldes que no tratasen de una manera cruel á los libres no humillados cobardemente ante el servilismo del llamado Gobierno imperial.

Este hombre, con una sóla plumada, RAYABA de la lista de los jefes republicanos á los que desgraciadamente caían en sus manos, y se encargaba de DESEMBARAZAR A LA SOCIEDAD de aquellos que aparecían como sospechosos de poca afección á la intervención francesa. (*)

ROSADO y sus compañeros ya sabían á qué atenerse respecto de los humanitarios sentimientos de sus enemigos, y, sin embargo, se sostuvieron en el Departamento de León, burlando los planes de sus perseguidores y justificando con temerario arrojo su abnegado patriotismo.

XXX.

Había entrado ya el año de 66, y la pequeña columna de ROSADO, seguía desafiando las iras del invasor y de los traidores que por más esfuerzos no podían destruirla.

Aquel grupo de valientes republicanos, dispersado hoy, porque el enemigo se le presentaba en un número superior y con otras ventajas y condiciones que hacían imposible sostener su empuje, volvía mañana á unirse, haciendo la propaganda de su causa, reforzando sus filas, disciplinando á sus reclutas y mejorando su armamento.

XXXI.

Para aguardar al General Antillón, encargado por el Gobierno de la República de la campaña de Guanajuato, se internó ROSADO en las sierras de Guanajuato y Comanja, donde vió aumentar sus fuerzas, y donde él mismo, ante los mudos testigos de las

(*) E. Lefèvre. *Historia de la Intervención francesa en México*, tom. 2°, págs. 141 y 166.

gloriosas hazañas de nuestros primeros libertadores, cobró mayor entusiasmo por la defensa de la patria.

Aquellos soldados, cubiertos de harapos, en cuyos rostros demacrados se leía una vida de contínuas privaciones y penalidades, olvidaban su amarga situación, formando grupos bajo las encinas y con las bridas de sus caballos en la mano, escuchaban el relato de los episodios que tuvieron lugar en aquellos lugares, durante la insurrección contra España.

Allí se recordaba la resignación de D. Javier Mina, la firmeza y generosidad de D. Pedro Moreno, y la temeridad y arrojo de los hermanos Ortiz.

Acaso aquellas mismas encinas habian abrigado de la lluvia y del sol á los valientes caudillos de la 1ª Independencia!

XXXII.

Más de doscientos hombres contaba ya bajo sus órdenes el Coronel Rosado, cuando los puso al mando de Antillón, quien habia salido de Guanajuato, en cuya población se encontraba reuniendo recursos para la campaña y preparando un golpe con la misma fuerza que cuidaba la plaza, golpe que desgraciadamente se frustró.

Rosado quedó bajo las inmediatas órdenes de Antillón, siguiendo siempre la organización de la fuerza que ya contaba con los elementos más indispensables y estaba impaciente por encontrarse frente á frente con el enemigo.

XXXIII.

El 13 de Agosto de 1866, ciertas promesas de algunos jefes que militaban en el campo imperial, promesas que se contraian á

reconocer el gobierno republicano, hicieron que el General Antillón se acercase con su fuerza á la hacienda de los Papas, situada al Oeste de Ojuelos, cercana á Aguascalientes.

Ese mismo dia llegó muy cerca de la finca referida, el jefe imperial Adami con cuatrocientos caballos. La fuerza republicana pidió á sus jefes combatir desde luégo; pero como el jefe contrario hiciese concebir ciertas esperanzas de un arreglo satisfactorio para la causa de la patria, se aplazó toda resolución hasta el siguiente dia.

El 14 de Agosto se empeñó el combate: ya la caballería enemiga habia sido reforzada con franceses y traidores.

El resultado de aquel combate no era dudoso, supuesta la superioridad del enemigo en todos sentidos, menos en el de la justicia y el valor.

Rosado cargó personalmente sobre Adami, á quien hizo retroceder más de una legua, y parapetarse, luégo, tras las albarradas que encontró al paso.

Los republicanos combatian á pecho descubierto, y avanzando sobre el enemigo que, avergonzado de su fuga, se sostenia esperando el grueso de la columna que al mando de Raudón se hallaba cerca del lugar de la refriega.

Una desgracia terrible vino á desmoralizar á los defensores de la libertad. Su Coronel, el bravo Octavio Rosado, que combatia entre los primeros que avanzaron sobre los imperialistas, cayó atravesado por una bala enemiga. La desesperación y el coraje se apoderaron de aquellos patriotas que en temerario arranque quieren acabar con sus contrarios; pero éstos los rechazan y hacen nuevas victimas. Algunos de los republicanos ya no tienen parque, otros piensan en salvar á sus compañeros que, sin armas, no podian hacer ni siquiera una débil resistencia.

Se retira aquel puñado de valientes con el despecho más grande, porque su CORONEL quedaba en poder de los imperiales.

XXXIV

Al caer herido ROSADO, el General Antillón quiso prestarle algunos socorros; pero aquel valiente jefe que no olvidaba á su patria ni en los momentos más angustiados, con balbuciente voz lo exhortó á que se retirara con la fuerza, ya envuelta por la caballería contraria.

El herido fué conducido á la casa de la hacienda de los Papas, y colocado sobre un mal jergón y en un cuarto destechado. El jefe vencedor jamás creyó que ROSADO pudiese vivir siquiera algunas horas, y por eso no ordenó que fuera pasado por las armas.

Al siguiente día se improvisó una camilla y en ella se llevó al Coronel ROSADO para Ojuelos, donde se encontraba Raudón, jefe de la columna que había obrado sobre los republicanos derrotados en los Papas.

XXXV

Al tener noticias Raudón de que ROSADO había sido llevado á Ojuelos, creyó que se trataba del cadáver del jefe republicano.

De Ojuelos á los Papas hay dos caminos: el uno escabroso, porque atraviesa algunas lomas, y el otro menos molesto y practicado para carros.

Los peones de la hacienda que condujeron la camilla en que iba ROSADO, consiguieron, para fatigarse menos, que el jefe

de la escolta ordenase la marcha por el camino carretero; mientras que el correo despachado de Ojuelos por Raudón con la orden de que ROSADO fuese inmediatamente pasado por las armas, escogió como más recto el camino de las lomas.

A tan feliz casualidad debió la vida en aquella ocasión, el General ROSADO.

XXXVI.

El herido fué remitido de Ojuelos á Aguascalientes, en cuya ciudad varios médicos que lo asistían, siempre manifestaban que no respondían de su curación.

Entre tanto, los enemigos de la patria reclamaban á ROSADO para juzgarlo conforme á la ley del terror.

La Sra. Jesús Lizardi, esposa del jefe republicano, trabajaba sin cesar porque los invasores y los imperialistas no cebasen sus rencores contra su esposo que en aquellos dias luchaba, por su herida, entre la vida y la muerte.

El menor alivio de ROSADO era para sus criminales enemigos una halagadora esperanza: deseaban verlo comparecer ante la Corte marcial y presenciar el suplicio de aquel heroico patriota.

Era natural; ROSADO les había dejado escritas lecciones de honor y patriotismo en los derruidos muros de San Javier, y en su cuerpo enseñaba ya las pruebas de su indomable firmeza.

No se cumplieron en Aguascalientes los deseos de los traidores, ya por la delicada situación del herido, ya también debido á las gestiones de su señora y de los parientes de ella, quienes por medio de sus relaciones, lograron suspender el juicio de

la Corte marcial, que se pretendió iniciar varias veces contra el Coronel OCTAVIO ROSADO.

Por fin, en Octubre de 1866, ROSADO fué trasportado de Aguascalientes á Zacatecas para ser juzgado conforme al decreto de 3 de Octubre.

XXXVII.

El jefe republicano aún no estaba restablecido por completo de su herida y, sin embargo, la Corte marcial lo juzgó, no pudiendo entorpecer el juicio, en esta vez, ninguna de las gestiones que se hicieron.

La sentencia de muerte vino en seguida: ella era el natural resultado de los juicios en las cortes marciales.

Bazaine habia dicho ya que la matanza era un medio más á propósito para sojuzgar por completo á la Nación: los subalternos del mariscal cumplieron siempre al pié de la letra sus instrucciones.

XXXVIII.

OCTAVIO ROSADO escuchó sin intimidarse su sentencia de muerte.

Su conciencia le decia que era martirizado, porque habia sabido cumplir con deberes sagrados, y esto para las almas nobles es más que recompensa.

Se le exhortó á que recibiese los últimos auxilios que se acostumbra impartir á un sentenciado á muerte, esto es, fué *puesto en capilla.*

Pero los verdugos de la libertad de México, en la pendiente del salvajismo más estúpido, sabían también atormentar.

El conquistador Dupín tenía en Zacatecas fieles imitadores, que batallaban por rivalizarle en materia de crueldad.

El Coronel Rosado podía áun escaparse de su prisión; aunque débil y aún no restablecido de su herida, hacía impracticable aquella idea; sin embargo, los que ya gozaban con su muerte, así lo temieron, ó tal vez por un refinado lujo de crueldad, mandaron poner grillos en los piés del jefe republicano.

Estos rasgos son peculiares en los verdugos.

La esposa de Rosado no pudo contener su indignación, y después de enjugar sus lágrimas, reclamó inútilmente contra ese inhumano procedimiento.

Los que no sabían comprender ni respetar la libertad de un pueblo, tampoco podían apreciar el sentimiento de una mujer angustiada, á quien se le partía el corazón con ver atormentado á su esposo.

Los grillos se remacharon: aquella inicua acción significaba algo.

Simbolizaba la misión que había traído á México la intervención francesa.

Encadenar á la patria y después matar nuestra nacionalidad.

Por eso se cargaba de grillos á Rosado horas antes de que fuese pasado por las armas.

XXXIX.

Sin embargo, el destino aún no quería privar á México de uno de sus buenos hijos.

La ejecución se suspendió el 5 de Noviembre de 66, de orden del archiduque Maximiliano.

Ya entonces las cosas estaban tomando otro caracter para los defensores del Gobierno mexicano, es decir, de la República.

Ya veían los imperialistas de la capital que el porvenir se presentaba risueño para los que habían sabido cumplir con sus deberes de mexicanos, no aceptando la intervención francesa y combatiendo sin cesar al Gobierno usurpador, establecido por las bayonetas extranjeras, y ya comenzaban á tratar con más humanidad á aquellos buenos patriotas.

XL.

Rosado siguió en rigurosa prisión, confundido entre los criminales de quienes era respetado, porque juzgaban que su permanencia en aquel inmundo local, era un martirio á que lo sujetaban los enemigos de México.

La señora de Rosado seguia con resignación la suerte de su esposo, á quien consolaba en las horas más amargas con las noticias que adquiría sobre las operaciones de las fuerzas republicanas.

Ocupada por fin la plaza de Zacatecas por el Gobierno nacional, se abrieron para el Coronel Rosado las puertas de su prisión.

XLI.

Las fuerzas de Guanajuato acaudilladas por Antillón, ya incorporadas al Ejército del Norte, vieron con verdadero júbilo el regreso de Rosado, con quien habían compartido tantos dias de gloria como de amarguras y penalidades.

Rosado notó la falta de muchos de sus antiguos compañeros, y su sentimiento fué profundo cuando supo que algunos me-

nos afortunados que él, no habían sobrevivido al triunfo de la República y de la libertad.

XLII.

Marchó sobre Querétaro el Ejército del Norte reforzado con las divisiones que formaban otro cuerpo de ejército llamado de Occidente, y cuyo mando se había confiado al General D. Ramón Corona.

El 8 de Marzo de 67, los imperialistas hicieron algunos movimientos en los atrincheramientos de la ciudad, esperando el ataque de los republicanos.

La historia del sitio de Querétaro en 1867 no deja de presentar algunos episodios heroicos que pregonan el valor mexicano y el entusiasmo de los sitiadores por la defensa de su bandera.

En setenta y un días que duró el sitio, las fuerzas republicanas tuvieron ocasión de trabar algunas luchas en que se distinguieron jefes ameritados y batallones que, respondiendo á antecedentes gloriosos, eran diezmados por el plomo enemigo, antes que abandonar sus puestos. Así se volvía á probar á ciertos historiadores europeos que la palabra patria tiene eco en México (1).

Las fuerzas de Guanajuato recibieron frente á Querétaro algunas honrosas distinciones de parte del General Escobedo, quien para alguna operación de importancia en el asedio de la plaza, no olvidaba que podía contar con el valor y abnegación de aquellos heroicos soldados.

Los hijos de Guanajuato, entre los que combatía el Coronel Rosado, no olvidaron en Querétaro las gloriosas epopeyas de San Javier (2).

---

(1) Entre ellos al conde de Kèratry.

(2) En la *Reseña histórica* de las operaciones del Ejército del Norte escrita por el Sr. D. Juan de D. Arias, algo se dice sobre este respecto.

Allí estaban las infanterías del 2º ligero, cuyo glorioso estandarte fué acribillado en Puebla por la artillería francesa; pero que siempre fué sostenido con honra y con valor.

XLIII.

Ya incorporado Antillón con las fuerzas de Guanajuato, al cuerpo de Ejército del Norte, una disposición superior encargó del mando de aquellas tropas al Jefe inmediato que lo era el Coronel ROSADO.

El General Antillón, deplorando aquella medida, no tuvo más que obedecer, y se resolvió á esperar que depurada su conducta, se le haria justicia en tiempo oportuno.

Entonces el Coronel ROSADO que respetaba á su General y que le profesaba una amistad sincera y desinteresada, suscribió y aprobó una representación formada por la oficialidad de las fuerzas de Guanajuato, en que se pedía á la superioridad que Antillón fuese repuesto en el mando.

Sobre aquella instancia se resolvió favorablemente, y con placentera abnegación, el modesto Coronel ROSADO volvió á quedar bajo las órdenes de su antiguo Jefe, el General Antillón.

Hechos de esta clase, revelan en el General OCTAVIO ROSADO una pureza de sentimientos muy por encima de la vulgaridad.

XLIV.

El 15 de Mayo fué ocupada la plaza de Queretaro por las fuerzas republicanas.

Poco después, entró á México el General Díaz, y la paz volvió á imperar en nuestro suelo.

Siendo Antillón Gobernador de Guanajuato, llamó á su lado

al valiente y pundonoroso Coronel ROSADO, que tantos servicios había prestado al Estado en la campaña contra la intervención.

Se encargo ROSADO del Gobierno del Departamento de León con beneplácito de todos los pueblos de aquella comprensión, que ya habían apreciado las virtudes cívicas del honradísimo Jefe republicano, cuando recorría con su pequeña fuerza de patriotas, peleando por la libertad en aquellas comarcas.

XLV.

Nueve años, con lijeros intervalos, estuvo ROSADO desempeñando en el Estado de Guanajuato el importante encargo á que nos hemos referido, y en él, se captó las simpatías de sus gobernados, debido á su politica conciliadora y benéfica para todas las clases sociales.

Atendió debidamente la instrucción pública, ya procurando mayor asistencia á las escuelas, como también consiguiendo de la superioridad el aumento de dotaciones para los profesores, y la conveniente repartición de libros y útiles entre los alumnos.

Tenía un especial cuidado de que la justicia se administrase. en los tribunales de una manera pronta, conveniente y eficaz.

Tuvo mucho participio en las reformas que se introdujeron en la hacienda pública de los Municipios pertenecientes al Departamento; logrando, con aplauso general, que la Tesorería municipal de León, sin necesidad de nuevos impuestos, viese sus cajas llenas y en pago corriente los gastos de administración correspondientes á aquella oficina, cuyo crédito se restableció de una manera halagadora.

Constantes desvelos le causaba el establecimiento de una policía de aseo que cumpliese con su cometido, y al fin logró conseguirlo. La seguridad pública fué restablecida por él con

plausible celo, á un grado tal, que en la ciudad de León, tan populosa, que es la segunda de la República, bajo este concepto, rara era la comisión de un delito, y más raro aún que los criminales no fuesen inmediatamente aprehendidos.

Era intransigente en los deberes legales que le competian, y más que todo, su moralidad en este sentido, fué el orígen de esa popularidad que actualmente tiene el General Rosado en aquella parte de la República.

Grandes recuerdos tiene la ciudad de León respecto de mejoras materiales emprendidas ó iniciadas por el General Rosado. El hermoso palacio municipal se comenzó y concluyó durante la administración de aquel ameritado ciudadano, y es un edificio sólido, espacioso, cómodo y de gusto artístico. Tiene cuatro patios, tres pisos, ocho corredores, dos fuentes, cincuenta y tres piezas ocupadas por las oficinas públicas, sin contar con las destinadas al cuartel de la gendarmería que ocupa casi la mitad del edificio y está detrás de la parte principal y tiene entrada por la calle de los Angeles, situada á espaldas de los dos edificios mencionados. La fachada de la Casa Municipal es muy agradable y está trazada por las exigencias de la moderna arquitectura.

Un solo Teatro hay en León, que se inició y casi quedó concluido en tiempo del General Rosado; es el «Gran Teatro Doblado,» que se comenzó á construir el 31 de Diciembre de 69, debido, como queda dicho, á la iniciativa del Sr. General Rosado, cuya actividad no perdonó sacrificio ni gasto alguno, porque se diera término á la construcción del edificio.

Cuando el actual Gobernador de Yucatán dejó de regir los destinos del pueblo leonés, quedó casi concluído el Teatro mencionado, estrenándose en 78. La fachada y vestíbulo del Teatro son hermosos, el patio y palcos se hallan en un orden verdaderamente adecuado, y el palco escénico tiene todas las condiciones necesarias: en la parte posterior del edificio hay habitaciones que

pueden destinarse á distintos objetos. El Sr. ROSADO embelleció también el «Teatro Doblado,» con unas preciosísimas decoraciones, debidas al pincel de Fontana.

Los paseos públicos merecieron de aquella activa autoridad un especial cuidado. Varias casas construyó igualmente, para los establecimientos de instrucción pública, casas que en la actualidad prestan para la niñéz que se instruye, un servicio excelente, porque tienen todas las comodidades necesarias. La Beneficencia también fué favorecida con la particular protección del General ROSADO.

Los consejos é indicaciones de la prensa, eran atendidas por la primera autoridad de León, cuando venian con el sello de una recta intención y tendian al bien público.

Estos ligeros rasgos de la conducta del General ROSADO, están fundados en la verdad de los hechos y probados con las justas simpatías de que goza el distinguido General, no solo en León, sino también en los tres partidos, Purísima, S. Francisco y Piedra Gorda, que forman con la ciudad expresada, aquel Departamento politico en el Estado de Guanajuato.

XLVI.

En Octubre de 76, el Gobierno de Guanajuato apoyó al Presidente de la Córte de Justicia, Sr. Lic. D. José Maria Iglesias, en la actitud que asumiera con motivo del plán de Salamanca. El General ROSADO fué llamado á mandar una brigada que organizó de una manera brillante.

Rotas las negociaciones que se entablaran entre los Sres. General Diaz y Lic. Iglesias, el Gobierno de Guanajuato con sus fuerzas, tuvo que sostener la resolución del Presidente de la Córte, no obstante que comprendia lo dificil de salvar aquella situación.

Muchos de los jefes que reconocieron al Sr. Iglesias como Presidente de la República, alegaron después para unirse al General Díaz, que creían que ambos estuvieran de acuerdo y obrasen de conformidad.

La división de Guanajuato al mando de Antillón, llegaba el 30 de Diciembre de 76 á la Unión de Adoves, Estado de Jalisco, y el día 1º de Enero se encontró en Tuna Alta, punto situado á inmediaciones del pueblo referido, con la división del General Ignacio Martinez, partidario del General Díaz, á la vez que éste último se hallaba en León, á 10 leguas de la Unión, con un respetable cuerpo de ejército que pasaba de quince mil hombres.

El General Antillón comprendió desde luégo que no podía combatir con probabilidades de triunfo, pues si lo llegaba á obtener sobre Martinez, el General Díaz, que ya hemos dicho estaba en León, García de la Cadena, Márquez y otros jefes contrarios que se encontraban en diferentes lugares cercanos á la Unión, pronto tomarían la revancha, y la sangre de millares de mexicanos volvería á correr inútilmente. Estas consideraciones determinaron una capitulación celebrada por Antillón y Martinez, el día 2 de Enero de 1877.

Pero antes, en el encuentro del día 1º, se trabó un combate que duró algunas horas. Las caballerías de Guanajuato al mando de Rosado, hicieron una salida sobre el enemigo, volviendo á sus posiciones después de secundar el arrojo de su temerario jefe.

LXVII.

El General volvió á León, donde fué recibido por sus amigos con inequívocas muestras de aprecio, que en aquellas circunstancias claramente demostraban, que ellas se dirigían al hombre privado que, como particular y como gobernante, se había conducido con una cordura y una honradez intachables.

Comenzaron á surgir las candidaturas para el Gobierno local, y la del General Rosado apareció sostenida por un círculo escogido de la ciudad de León, contando en todas las clases sociales y en diversas poblaciones del Estado, con entusiastas partidarios; sin embargo, el pundonoroso General obligó á sus amigos por medio del convencimiento, á que secundasen la postulación que hacía en aquella época el partido del Sr. Antillón, antiguo Gobernador de Guanajuato.

No era la primera ni fué la última vez que el General Rosado demostró su desinterés y consecuencia á sus amigos politicos.

Hasta Junio de 78 permaneció Rosado en León, sin tomar participio en la cosa pública, ni recibir del Gobierno sueldo ni emolumento alguno.

A fines del mes expresado, accedió á las instancias de D. Francisco Mena, Gobernador de Guanajuato, que le ofrecía encargarlo del Gobierno de uno de los departamentos del Estado.

La sociedad de León vió entonces que el honrado General, para separarse de la ciudad, tuvo que vender sus muebles, no aceptando el sacrificio pecuniario que le ofrecían sus amigos.

Aquello decía muy á las claras que Rosado estaba pobre, después de haber servido durante nueve años un cargo productivo, y en cuyas funciones veía casi pasar por sus manos los doscientos mil pesos que, cuando menos, importaban los gastos de la administración pública en el Departamento de León.

Sucesivamente estuvo el General Rosado en los departamentos de S. Miguel de Allende y Guanajuato, donde dejó recuerdos gratos por su actividad y celo en favor de los intereses públicos.

En 27 de Noviembre de 1879, el Gobierno hizo justicia á los méritos de Rosado, y le concedió el grado de General de Brigada.

Dejó de servir al Gobierno de Guanajuato en Mayo de 1880.

XLVIII.

La cuestión electoral se presentaba en el año de 80 muy borrascosa en el Estado de Guanajuato.

Varios candidatos surgian para el Gobierno local, y el nombre del General Rosado comenzaba á pronunciarse con alguna ventaja en los circulos politicos; pero su decidida afección al partido del General Antillón, hizo retirar de la lucha su nombre y unir á aquel partido el valioso contingente de sus amigos.

Por fin, en el colegio electoral del 8º distrito de León, salió electo diputado propietario al Congreso nacional.

Tomó asiento en aquella cámara el 15 de Setiembre de 1880. y permaneció en México desempeñando dicho encargo, hasta Setiembre de 1881, en cuyo mes vino á Yucatán á encargarse del mando de las fuerzas federales residentes en este Estado.

XLIX.

Se presentó meses después, en Yucatán, la cuestión electoral. Diferentes circulos se disputaban el triunfo, y los aprestos que se hacian, demostraban que en los comicios no iba á imperar el orden debido.

Entonces se convino en elevar á la primera magistratura del Estado al General Rosado, cuyos méritos y servicios á la causa republicana, no eran desconocidos en este su Estado natal.

Rosado admitió su candidatura y renunció desde luégo el mando de las fuerzas federales.

La idea halagadora de que el General Rosado subiría al poder sin compromisos de ningún género y sin determinada simpatía por ninguno de los círculos políticos, inclinaron en favor de su candidatura á una considerable mayoría que votó unánimemente por tan distinguido yucateco.

L.

El día 8 de Enero de 1882 sufrió el General Rosado un golpe terrible con la muerte de su idolatrada hija María, que acababa de llegar á Mérida de la capital de la República.

En aquella criatura condensaba todo su cariño, y la muerte se la arrebató, cegando así de improviso la fuente de todas sus ilusiones.

Rosado se abatió con sobrada justicia, y desde la terrible fecha ha perdido mucho de su caracter antes tan alegre.

Es natural; María era su única hija!

LI.

Declarado oportunamente Gobernador de Yucatán por el Cuerpo legislativo local, recibió el Gobierno el 1º de Febrero de 1882.

Importa á la verdad histórica, para evitar que se extravíe el juicio que se haga más tarde sobre la administración del General Rosado, que se sepa el estado en que recibió el Gobierno.

En este punto, tal vez seamos severos; pero con la independencia é imparcialidad que acostumbramos al escribir, debemos

consignar que el General Rosado no recibió el Gobierno bajo condiciones bonancibles. El Tesoro se hallaba exhausto; el pago de sueldos no estaba en corriente, y en general toda la administración no caminaba por un sendero irreprochable.

El General Rosado entró al poder reorganizando

Hacemos votos porque sus actos tiendan siempre al bienestar social, y en nada empañen el brillo de sus proezas guerreras y el grato recuerdo que, como gobernante, dejara en el poderoso y rico Estado de Guanajuato.

Hemos terminado ya; acaso habremos pasado en silencio episodios interesantes de la vida del General Rosado; pero nos proponemos, para otra vez, reformar este trabajo, aumentando lo que creamos justo y conveniente.